fuerza nueva que siento dentro de mi alma, para ir con valor delante de estas cruces que tanto me llenaban de temor.

Bendito sea el Señor mi Dios (1), que por las instrucciones de su divina Madre, *prepara mis manos para el combate*, y me enseña á sostener *una guerra*, en donde sin su socorro no podria ménos de perecer.

CAPITULO X.

Cómo se debe portar una alma, y de los sentimientos que deben ocuparla cuando Dios observa con ella una conducta que le es incomprensible.

Hizo Dios saber á María, por su esposo José, el que ya habia sido instruido por ministerio de un ángel, que era necesario librar al Niño Jesus del furor de Heródes, y ponerse en camino para Egipto.

Pero ¿acaso Dios no tenia en su poder infinito algun recurso para mudar el corazon de este príncipe? ¿No parecia indigno de un Dios el huir de un hombre flaco y miserable?

(1) Ps. CXLIII, 1.

teger á todos los que pongan en él su confianza.

Jamas te turbes á vista de las órdenes que Dios te da, por difíciles de ejecutarse que parezcan: espera en él, y te ayudará.

Aunque te parezca que la obediencia á su voluntad te debe esponer á la mayor indigencia, no te acongojes por esto; *déjalo todo á su cuidado* (1), que su Providencia *hará que nada te falte*.

Si piensas que te vas á ver espuesto á la burla de los malos, á sus insultos y persecuciones, no te desanimes de ningun modo: *Dios será tu protector en medio de tus tribulaciones* (2).

La confianza que tienen en él los justos, es para ellos un seguro fiador de su proteccion. Aunque parece abandonarlos alguna vez, *les hace por fin hallar la calma* (3).

Los habitantes de Betulia no esperaban ninguna cosa del Dios de sus padres, y este Señor tenia entónces puestos sobre ellos los ojos de su Providencia, mas que nunca.

El casto José no estaba olvidado, y sin embargo se hallaba en una prision oscura gi-

(1) Ps. XXXVI, 39.—(2) Ps. XL.—(3) Ps. LIV, 23.

miendo entre sus cadenas. Pero luego se le vió salir de repente para ser elevado á la autoridad soberana.

Es verdad que no siempre la Providencia libra á los justos de todo temor y peligro, ni provee siempre á sus necesidades como desean, ni de la manera que piden.

Pero la conducta del Señor no es ménos admirable cuando los saca de la indigencia ó los venga de las injusticias que padecen, que cuando parece que no hace caso y los deja ser sus víctimas.

Dios tiene cuidado de darles gracia y la paciencia necesaria en sus trabajos, y por este medio les hace mas favor que si los colmase de prosperidades.

¿Cuántos cristianos hay que padecen muchas necesidades, y sin embargo, se hallan tan contentos en su estado que parece que nada les falta? Bendicen éstos á la Providencia, y no cambiarán su suerte por la de los felices del siglo.

Recurre, pues, al Señor, en todas tus necesidades, y descansa en él. Los socorros que recibirás, aunque no sean siempre palpables y sensibles, no por eso serán ménos en la realidad, ni de ménos consuelo.

Así, Dios mio, por admirables que sean vuestros designios sobre mí, yo me contento con adorarlos. Obrad, Señor, por mas que yo no comprenda los motivos.

Vuestra conducta, por sernos oculta, no es ménos adorable. Vuestras obras llevan el carácter de una sabiduría suprema, aunque el hombre sea incapaz de comprender sus secretos.

Yo quiero, pues, manifestar á vuestras órdenes, aunque no alcance sus motivos, la misma sumision que tengo á las verdades que me habeis revelado.

Aunque yo no conciba estas verdades, son lo mismo para mí que si las viese claramente, porque vos sois, Señor, el que habeis hablado.

CAPITULO XI.

Del cuidado que tiene la Providencia de los justos.

SIERVO. ¡Oh Vírgen obediente! considero, con el mayor placer y alegría, aquella igualdad de alma que conservais cuando os veis en la necesidad de salir para Egipto.

Estais firmemente persuadida de que Dios, á cuya conducta os abandonais, velará sobre vos en el camino, y que no os desamparará cuando háyais llegado al término que os ha señalado.

Y en efecto ¿cómo no habia de tener aquel Señor puestos sus ojos sobre vos y sobre el sagrado depósito de que estábais encargada?

No, no teneis por qué temer, ni las *emboscadas de la noche, ni los mortales tiros que pudieran despedir de dia contra vos manos enemigas* (1).

El Señor *ha encargado á los ángeles vuestra custodia, y tienen órden de seguiros* fielmente *todos vuestros pasos* (2).

Les ha mandado apartar de vos *todo peligro, y que os lleven,* si es necesario, *entre sus manos.*

¿Qué importa que la tierra donde vais sea infestada de serpientes venenosas y de animales feroces, si *vos caminais,* sin esperimentar ningun daño, *sobre el áspid y el basilisco, y poneis el pié sobre el dragon y el leon?*

María. El Señor, hijo mio, ha prometido en muchos lugares de sus libros santos, pro-

(1) Ps. xc, 6.—(2) Ps. xc. 11 et sep.

¿No podia Dios renovar, en favor de Jesus, el prodigio de las plagas con que afligió á los egipcios para salvar á su pueblo?

¡Ah! María no trata de ninguna manera de comprender los designios de Dios en la conducta que observa con ella.

La voluntad de Dios debe igualmente ser obedecida cuando se comprenden las razones de lo que se manda, que cuando no se comprenden.

¿Hallará María con qué mantenerse durante un viage tan largo en medio de los desiertos, y en aquella tierra estrangera á donde se la envía? No intenta examinarlo de ningun modo.

El mismo Dios que le ha hecho intimar la órden de salir, es bastante poderoso para proporcionarle medios de subsistir, por mas que no se prevean.

¿Permanecerá siempre María en Egipto? No se informa de esto. Volverá cuando Dios le dé á entender que es tiempo de volver?

Dios podrá comunicarle órdenes aun mas incomprensibles que estas; pero no por eso se alterará la paz de su alma.

¿De qué puede inquietarse una alma, cuando sabe que Dios la conduce? ¿Puede ha-

ber mas segura proteccion que la de la Providencia?

Vos, Señor, me mandais caminar por unas sendas que me son desconocidas; pero vos lo mandais, y esto basta: vuestra voluntad me sirve de luz y de razon.

Yo no sé á dónde voy; pero estoy seguro de que si me dejo gobernar por una guia tan sábia como vos, no me perderé en el camino.

Caminaré con seguridad, aun en medio de las tinieblas de la noche, porque estoy cierto de que vos no me habeis de abandonar.

¿De qué me servirán mis cortas luces en un camino que vos mismo me habeis abierto, y que me mandais seguir con una obediencia ciega? Si vos, Señor, hablais, á mí no me toca otra cosa que obrar sin escucharme á mí mismo.

Los hombres se abandonan enteramente á la conducta de otro, si le tienen por prudente é instruido: ¿cómo podré yo ¡oh Sabiduría eterna! tener algun motivo de desconfianza, cuando vos sois el que me dirigís?

Vuestra prudencia se complace muchas veces en llegar á los fines por unos medios que parecen enteramente contrarios.

conocimiento, me dais grandes ejemplos de la piedad mas fervorosa.

Este favor era el que *os llevaba todos los años á Jerusalen al tiempo en que se solemnizaba la Pascua* (1).

Aunque la obligacion de asistir á esta grande solemnidad no se entendiese sino con (2) José, vuestro esposo, nunca dejábais de acompañarle.

¿Cómo podia un amor tan generoso como el vuestro, ceñirse á no hacer por Dios sino lo que era de una obligacion estrecha é indispensable?

¡Ay de mí! ¡y qué alma tan ingrata es la mia! pues yo no he obrado de otro modo con mi Dios.

A pesar de todos sus beneficios, jamas he tenido para él sino un corazon limitado, y ha sido necesario que me mandase como Señor absoluto para que yo le obedeciese y prestase mis obsequios.

María. Un corazon, hijo mio, que ama á Dios, nada desprecia de cuanto puede agradarle.

No conoces todo lo que merece el Señor

(1) Luc. II, 41.—(2) Exod. XXIII, 15, 17.

á quien sirves, si eres económico en servirle.

Considera lo que hacen por el mundo los que se declaran partidarios suyos, y aprende de ellos lo que deberias hacer por Dios,

Mira el ardor con que le sirven, sin perdonar ni penas ni fatigas en su servicio: se condenan á mil servidumbres por agradarle.

Pero á tí te sirve de una violencia grande el agradar á Dios, y dar á este Señor soberano pruebas de tu amor: el pedirte atenciones para él es lo mismo, á tu parecer, que intentar sujetarte demasiado.

¿No es vergonzoso para tí el que haya necesidad de proponerte el ejemplo de los mundanos, y de enviarte á su escuela para que aprendas de ellos cómo debes servir á Dios?

No seas, hijo mio, ménos generoso que los hijos del siglo, ni sufras que el mundo se glorie de ser servido por los suyos con mas celo que lo es el Dios de los cristianos por aquellos que hacen profesion de ser sus discípulos.

No seas mas en adelante del número de aquellos cristianos que creen tener mucha piedad, contentándose con hacer exactamen-

El Bautista se santificó en las riberas del Jordan, en donde Dios queria que estuviese; y así, él no pensó en salir de allí. El género de vida de los apóstoles que seguian á Jesus y oian su doctrina, no le pareció de ninguna manera mas propio para llegar á ser santo.

No, hijo mio, el estado en que te hallas no sirve de impedimento á tu santificacion. El lugar, ni el empleo no son los que han de santificar al hombre, sino al contrario, el hombre es el que debe santificarlos.

Se pone muchas veces la atencion en un estado diferente de aquel en que se vive, mas por incostancia que por amor al bien.

¿Qué ganarias tú en mudar de estado? ¿Te parece que llegarias á ser mejor? Pues cree que te engañas, porque aunque mudes de lugar ó de condicion, siempre se conserva el mismo genio y las mismas inclinaciones.

A cualquier parte que uno vaya, lleva sus vicios consigo; y así, hijo mio, el que necesita mudarse no es tu estado ni tu empleo, sino tú mismo.

Santifica las ocupaciones de tu estado, dirigiéndolas á Dios, y no te quejarás de que ellas te disipan.

Las muchas ocupaciones que trae consigo el gobierno de un reino dilatado, no impidió á David el dedicarse á la oracion, *ni el cantar siete veces al dia las alabanzas del Señor* (1).

Bien léjos de que la multitud de ocupacionas sirviese á los Santos de impedimento para llegar á serlo, su misma santidad era la que los hacia capaces de cumplir bien con sus obligaciones.

La santidad no consiste en servir á Dios en donde el hombre quiere y cómo quiere, sino en servirle en dónde y como es su voluntad.

Mas glorificarás al Señor sobre un lecho de dolores, si su voluntad te pone allí, que si te consumieras á fuerza de trabajos ganando almas para el cielo.

CAPITULO XIII.

Del fervor que se debe tener al servicio de Dios.

SIERVO. ¡Oh Vírgen Santa! en todas las circustancias de vuestra vida de que tengo

(1) Ps. CXVIII, 164.

CAPITULO XII.

Que se puede servir á Dios en cualquier estado y situacion en que nos coloque.

MARÍA. ¿Por qué, hijo mio, formas tantats quejas sobre el estado y situacion en que te hallas? Sin duda que no sabeis servir al Señor como debe ser servido.

El cielo está poblado de santos que han llegado á serlo vlviendo en un estado igual al tuyo, y en una situacion en todo semejante.

Yo encontré á Dios en el Egipto, á donde me fué necesario ir á habitar, así como lo habia hallado en la Judea, y así procuré servirle allí de la misma manera.

Siempre que se conserve la gracia y la amistad de Dios, en cualquier parte se debe estar contento.

Parecia que á mí me debia ser muy sensible, igualmente que á mi esposo José, el dejar la *tierra de Israel;* y sin embargo no manifestamos ningun sentimiento por esto.

Cuando volvimos á Nazareth, no tuvimos

otro placer que aquel que se tiene cuando se hace la voluntad de Dios, que era en todo nuestra única regla.

Siempre, hijo mio, que no busques el hacer tu propia voluntad, sino la de tu Padre celestial, entónces no desearás otro estado ni otra situacion que aquella en que te habrá puesto.

Dios ha señalado á cada uno el camino que debe seguir para llegar á ser santo, y seria abusar de sus altos designios pretender santificarse siguiendo otro camino.

Ninguno puede llegar á ser santo sin los socorros de la gracia; pero Dios comunica á cada uno esta gracia, segun la medida que le es necesaria, teniendo en consideracion el género de vida á que le llama, y los ejercicios á que le destina.

El que se ha retirado á la soledad, no debe echar ménos al mundo que ha dejado; ni el que vive en medio del siglo, debe decir que no puede salvarse en él: el estado mas seguro para el uno y para el otro, es aquel en que Dios los quiere.

En cualquiera situacion en que uno se encuentre, su salvacion consiste siempre en corresponder fielmente á la gracia.

te lo que les manda la ley de Dios, so pena de castigarlos.

¿No dan éstos motivo para pensar que mirarian con indiferencia la gracia de Dios, si pudieran perderla impunemente? A lo ménos no hay duda que temen á Dios mas que le aman

Teme, hijo mio, á este Dios terrible en sus castigos; pero teme sobre todo el no amar bastante á este Dios tan bueno y tan amable.

Un amigo por quien no hicieses sino aquello que la amistad exige necesariamente de tí, ¿te tendria por un amigo fino?

Todo amor es generoso, y no se limita precisamente á lo que debe hacer por obligacion. Cuando se ama, se procura aprovechar todas las ocasiones de agradar.

Si amaras á Dios con un amor fervoroso, quisieras siempre servirle mas y mas, y jamas tus servicios igualarian á tu voluntad.

Amale, pues, eficazmente, y este mismo amor dulcificará tus penas. Derrama Dios en las almas fervorosas una uncion que les hace hallar delicias en lo que mas les repugna.

SIERVO. ¡Oh Madre la mas tierna! alcan-

zad á vuestro hijo este fervor de que me hablais, y del que me habeis dado tan grandes ejemplos.

Sí, Madre mia, la menor dificultad me detiene: me dejo vencer de la primera tentacion de enojo y de disgusto: el respeto humano me embaraza muchas veces, y me impide ejecutar lo que la gracia me inspira.

Bien veis la necesidad que tengo de que me animeis. ¡Ah! ojalá que vuestras instrucciones saludables enciendan en mi corazon este amor fervoroso con el cual merece ser servido el Dios de la caridad!

CAPITULO XIV.

De la desgracia que padece el que pierde á Jesus.

Tenia Jesus cerca de doce años cuando acompañaba á sus Padres María y José, que iban á Jerusalen, segun costumbre, á la solemnidad de la Pascua.

Concluida ya la celebridad, salieron de Jerusalen María y José para volverse á Nazareth, pero Jesus se quedó en la ciudad sin noticia de sus Padres. Ya habian andado

una jornada del camino, cuando echaron ménos á su querido Hijo.

¿Qué sentimiento no debió causar esta ausencia á unos Padres que tanto le querian. Pero sobre todo, ¿cuán sensible no debió ser para María esta pérdida?

¡Oh Salvador mio! no os perdió María por falta suya. Vos fuísteis el que os robásteis á su vista por *los intereses de vuestro Padre celestial.*

Pero yo, que os he perdido tantas veces por mis iniquidades, que os he obligado á que os separéis de mí, ¿puedo yo sentir dignamente la desgracia de esta pérdida y de esta separacion?

María no perdió sino la presencia corporal de Jesus, conservando toda su amistad; pero yo he perdido lo mas amable que podia tener en el mundo, que es la gracia y la amistad de Jesus.

El mundo y sus placeres, á quienes he amado mas que á Jesus, ¿podrán ser bastantes para repararme esta pérdida?

¡Dichosos aquellos de quienes nunca se ha separado Jesus, y que le han poseido sempre! ¡Solamente estos saben y pueden decir lo que es el Paraiso de la tierra.!